de se ha perdido mi cabeza. ¡Partamos, os lo repito; pueden volver, partamos!

Y Néstor cubria de besos y lágrimas las manos de Lucciola; pero esta volvia la cabeza y respondia:

—¡No! debo resistir á los encantos de la vida! Aun cuando os amase como decís, jamás nos uniriamos! Los vestidos nupciales no se han hecho para la jóven que debe traer un eterno luto. Cuando he llorado por la nobleza de mi casa, lloro por mi padre; cuando he llorado por mi padre, lloro por mi patria. ¡No tomeis por amante á la que se ha casado con ruinas! Esta góndola ha sido mi palacio; será mi tumba, puesto que me la volveis. ¡Ya no saldré de ella!

—Pues bien, interrumpio Néstor, seré vuestro huésped, participaré de vuestro duelo, responderé á vuestras lágrimas, y como vos, no tendré mas universo que la flotante góndola. ¡Para nosotros dos, el Océano, después la libertad, luego la muerte, puesto que no quereis la dicha! Al mismo tiempo apoyó el remo vigorosamente sobre la ribera y lanzó la barca; pero solo se alejó unos pasos y la cadena produjo un ruido sordo. Lucciola se levantó espantada. Estaban cautivos por una nueva traicion de Roncari.

—¡Oh! exclamó con espanto, ¡hablais de libertad y os responde el ruido de una cadena!

—¡Y no hay medio de huir! replicó Néstor con desesperacion. ¡Van á apoderarse de mí otra vez y á hacerme un infame como ellos! ¿Y qué importa? añadió con amarga expresion; ¡que vuelvan! ¡Me habeis repelido!....

Entonces Lucciola, atónita y temblando de miedo, como si fuese á intregar á su amante en manos del verdugo, no escuchó ya mas que su pasion que clamaba en su interior....

—Escuchadme, le dijo; hay un medio, uno solo; ¿pero me perdonará Dios que lo emplee? Sí, mi corazon me inspira, porque mi destino me impele hácia vos. Lo que voy á deciros es acaso una ridícula supersticion, pero creo en ella; se cree en un milagro cuando se está desesperado. Os he hablado de una llavecita que me dió mi padre al morir. ¡Era la que debia abrirme la misteriosa puerta que hace tanto tiempo busco en vano! La tradicion de mi familia dice que solo ha de servir una vez. Hela aquí, ensayémosla; tengo un seguro presentimiento de que ha de servir para nuestra libertad.

Néstor la miró con un religioso reconocimiento.

—Pensadlo bien, Lucciola; al darme esa llave me dais vuestra vida.

—¡Pues bien! es tuya, contestó arrodillándose cerca de la cadena de la góndola....

¡La llave entró!.... En este instante Roncari y Gattinara aparecieron con antorchas y se lanzaron hácia la ribera; pero la *Gavia*, siguiendo la curva de las ondas que el viento impelia hácia Venecia, desapareció en un surco de espuma, y Nestor respondió á las maldiciones de Roncari estrechando á Lucciola contra su corazon.

Cuando llegaron al gran canal, la aurora enrojecia el viejo techo del palacio Fabbiani. Brighella, que estaba en la puerta, quedó admirado al ver llegar á su huésped, á quien no habia visto partir.

—¿Cuánto te costó tu palacio? le gritó Néstor.

Brighella vacilaba en responder.

—¿Tu posada, si te agrada mas? continuó Néstor.

—Diez mil piastras, señor.

—Te doy quince mil por ella, que cobrarás mañana á mi banquero.

Néstor y Lucciola subieron al aposento en que comenzó esta historia. El jóven la condujo cerca del gran sillon, y considerando con éxtasis su belleza, mas deslumbrante aun á la luz del dia:

—Lucciola, le dijo, te he engañado; anoche cuando veniste ya veia ese tesoro que buscabas. La leyenda de tu familia ha tenido razon: he ahí lo que debia volverle su viejo palacio. ¡Mira!

Lucciola levantó su apacible mirada y siguió la direccion de la mano de Néstor. Entonces se vió sonroseada y radiante en el espejo que él le mostraba, y respondió, ocultando su cabeza sobre el corazon del jóven:

—¡El tesoro, amigo mio, es nuestro amor!

(Traducida para la Camelia.)